

consejos de Capo de Istria, sufrió en Troppau, como en Aix-la-Chapelle, la influencia reaccionaria del taimado canciller, condescendió á que el gobierno de Viena restaurara en Nápoles la monarquía absoluta, á reserva de introducir en la administración de aquel país algunas reformas de carácter no político, renunciando, en cambio, Metternich á extender el derecho de intervención á los casos que antes señalara. En su virtud, el trece de Noviembre se firmó por los representantes de Austria, Prusia y Rusia una declaración, que se notificó á Europa y fué parafraseada en una circular del gabinete de San Petersburgo, de ocho de Diciembre. He aquí los párrafos más salientes del manifiesto austro-ruso-prusiano: «Los Estados que forman parte de la alianza europea, serán excluidos de ella, hasta tanto que su situación ofrezca garantías de orden y estabilidad, cuando sufran en su régimen interior algún cambio operado revolucionariamente, cuyas consecuencias sean peligrosas para las demás naciones. Las potencias aliadas no se limitarán á pronunciar dicha exclusión, sino que, fieles á los principios que han proclamado y al respeto que merecen la autoridad de los gobiernos legítimos así como los actos emanados de su libre voluntad, se obligan á no reconocer las alteraciones consumadas por procedimientos ilegales... Cuando los Estados donde tales mudanzas se hayan producido, constituyan un riesgo inminente para otros países por razón de su proximidad, y cuando las potencias tengan medios de ejercer respecto á ellos una acción eficaz y bienhechora, les instarán amistosamente á reingresar en la alianza, y si esto no diere resultado, se valdrán de la fuerza para hacerles volver á ella». Estos compromisos, mucho más desenvueltos, fueron la base del tratado que, el diez y nueve del mismo mes de Noviembre, estipularon las tres potencias. La famosa declaración tuvo inmensa resonancia en Europa: la cruzada anti-liberal era ya un hecho; la Santa Alianza se presentaba sin rebozo como su órgano y su instrumento de ejecución; la política de Metternich amenazaba eclipsar con sus negras alas de Satán los últimos rayos de la libertad en el Continente. En dos notas redactadas por Castlereagh, refutó Inglaterra las doctrinas de Troppau y dió á conocer, con tanta lucidez como energía, la repugnancia invencible que le inspiraba la teoría de la intervención. También el ministerio francés contestó que Luis XVIII no podía adherirse al manifiesto de trece de Noviembre, sino con las reservas que le dictaban sus obligaciones parlamentarias; sin embargo, en su deseo de evitar la intervención armada, propuso que los tres soberanos invitaran al rey de Nápoles á avistarse con ellos en Laibach, donde habían convenido celebrar un nuevo congreso en Enero de mil ochocientos veintiuno, para decidir la forma práctica de aplicar á dicho reino los principios generales sentados en Troppau. Aunque, por de pronto subsistiese la quintuple Alianza, era obvio que la divergencia manifestada en este cambio de comunicaciones diplomáticas debía, más pronto ó más tarde, reducir á la impotencia el directorio europeo. El día en que el partido liberal dirigiese los destinos de Francia ó Inglaterra, no se contentaría con hablar como Castlereagh

y Richelieu, sino que acomodaría su conducta á su lenguaje, y con la oposición afectiva de las dos naciones habría bastante para aniquilar la obra de la Santa Alianza.

«¿Qué papel va á representar el rey de Nápoles? ¿Manifestará que cuanto ha hecho le ha sido arrancado por la violencia? No le creo capaz de tanta bajeza.» Estas palabras, que escribía Richelieu, estando próximo á reunirse el congreso de Laibach, revelaban que el ministro francés conocía mal á Fernando IV. Los acuerdos de Troppau habían provocado en Nápoles extraordinaria agitación, no teniendo el Rey otro pensamiento que el de huir antes que descargara la tormenta. Se prestó, pues, á cuanto quiso la Cámara, con tal de obtener licencia para ausentarse, prometiendo abogar en Laibach por el mantenimiento de la Constitución española adoptada en su reino. Fernando, obrando con profundo disimulo, había pedido que le acompañaran cuatro diputados; pero el Parlamento, poseído de la mejor buena fe, se negó á nombrarlos, diciendo «ser notorio que el corazón del hijo de Carlos III era santuario de lealtad». Dejó el rey á su hijo, el duque de Calabria, en calidad de regente, y se embarcó para trasladarse á Liorna. Al saltar en tierra, arrojó la máscara, demostrando su alegría «por haber escapado sano y salvo de los puñales de los conspiradores liberales». Representóse entonces una farsa asquerosa, muy poco en armonía con los principios religiosos y morales de que tanto alardeaba la Santa Alianza. El rey Fernando rogó á los emperadores, que ya estaban en Laibach, le informasen de sus deseos, por conducto de su ministro Gallo, á lo cual contestaron aquéllos que no podían tratar con el ministro de un gobierno que no habían reconocido. En vista de esto, dió Fernando orden á Gallo de no proseguir su viaje, y envió á Laibach á Ruffo, que se negara á prestar obediencia al gobierno constitucional. Recibieron al embajador con los honores debidos, y Metternich le participó que las potencias hallábanse resueltas á acabar con la revolución, de grado ó por fuerza, y que si el Rey estaba conforme, sería admitido á sus deliberaciones. Fernando respondió, valiéndose del mismo Ruffo, que «se sometía á la decisión de las potencias aliadas, por constarle que era irrevocable y no tener otro recurso». Con esto concluyó la comedia, y apareció la verdad en toda su desnudez. En una nota colectiva, intimaron las potencias al gobierno napolitano la abolición de la Constitución, y para que no cupiese duda de cuáles eran sus intenciones, un ejército austriaco cruzó el Pó, de manera que al parlamento de Nápoles no le quedaba más camino que recibir á las tropas austriacas, como aliados ó como enemigos. Optó por lo segundo, y con fecha de diez y siete de Febrero de mil ochocientos veintiuno, redactó una protesta apelando á Europa contra el odioso abuso de fuerza de que se hacía víctima á su patria; declaró al Rey incapacitado de disponer de la nación, y proclamó la guerra de independencia. El ministerio puso dos ejércitos en campaña, uno á las órdenes de Carrascoso y el otro á las de Guillermo Pepe, que debían defender respectivamente la línea del Garellaño y el Volturno y el paso de los Abruzos. Las tropas napolitanas no excedían, entre

todas, de veinticinco mil hombres, mientras el ejército expedicionario austriaco constaba de cuarenta y cinco mil. Pepe, sin embargo, hombre arrojado y patriota dispuesto á todos los sacrificios, pero poco reflexivo y un tanto vanidoso, atacó el trece de Marzo al enemigo en Rieti, contraviniendo á órdenes superiores. Los austriacos le rechazaron sin gran esfuerzo; tomando por asalto, dos días después, la fuerte posición de Androdoco. En ambos combates, muchos napolitanos huyeron á la desbandada y los demás se amotinaron contra sus jefes, dejando franco el camino á los invasores. La guardia real se sublevó á favor del rey absoluto; se disolvió el parlamento, y los imperiales entraron en la capital, emigrando al extranjero los constitucionales, que se salvaron á duras penas. Bajo la protección austriaca, iba á desencadenarse en Nápoles una reacción más furiosa y cruel que la de mil setecientos noventa y nueve. En el entretanto, había sido declarada oficialmente la clausura del congreso de Laibach, después de convenir soberanos y ministros en volver á reunirse hacia Septiembre de mil ochocientos veintidos, inclinándose entonces á que fuese en Florencia; aun, no obstante, continuaron unos y otros en aquella población, aguardando la noticia de haberse restablecido el orden por completo en el territorio napolitano.

Fué una lástima que los liberales de este país no se resistiesen más tiempo; pues estaban preparándose los de toda Italia para secundar su iniciativa, y ya se habían levantado los de Cerdeña. El partido reaccionario abusó tanto en Turín de la debilidad y benevolencia del rey Víctor Manuel I, que este monarca, conociendo á la postre cuán peligrosa era para su corona la pendiente por donde le arrastraban, llamó junto á sí á hombres capaces y de opiniones moderadas, como el insigne César Balbo, que introdujo reformas sumamente beneficiosas. A pesar de esto, tomó allí extraordinario incremento la sociedad de los carbonarios, cuyas esperanzas y actividad se redoblaron al ocurrir el alzamiento de Nápoles, y más todavía cuando en este reino se dió el grito de la guerra de independencia contra los invasores austriacos. Los conspiradores sardos, que contaban entre sus miembros muchos hijos de familias distinguidas, en su mayor parte oficiales del ejército, concibieron la idea de atacar las tropas expedicionarias de Austria por la espalda, proclamando la unidad de la Italia del norte bajo el cetro de la casa de Saboya. Víctor Manuel carecía de sucesión, no teniéndola tampoco su hermano Carlos Felix, de modo que, á la muerte de ambos, la corona debía ir al joven príncipe Carlos Alberto de Carinián, el cual gozaba de ardientes simpatías en el ejército y era contrario al régimen imperante, circunstancias que determinaron á los carbonarios á imponerle en el secreto. Carlos Alberto aprobó el plan, pero después trató de detener su ejecución, fluctuando entre el objeto seductor de la empresa y la voz de su conciencia, que le acusaba de ser traidor á las tradiciones de su casa; también hubo de moverle, á querer aplazar el golpe, el no estar muy seguro de la lealtad de los carbonarios. Era ya tarde, sin embargo; porque advertido el

gobierno desde París y Viena, mandó prender á varios jefes del complot. Esto y la impaciencia de los liberales lombardos, que instaban á los piemonteses á levantarse, prometiéndoles tan luego ellos atravesaran el Po, apresuró el movimiento. El diez de Marzo, se pronunció el regimiento de Génova en Alejandría, siguiéndole las guarniciones de Piñerol, Fossano, Asti, Carmañola, y, por último, la de Turín, donde el generoso y noble conde de Santa Rosa estableció un gobierno provisional. Víctor Manuel, para evitar todo conflicto, abdicó en favor de su hermano, que á la sazón estaba en Módena, nombrando en su ausencia regente al príncipe de Carinián, que se encontró en la situación más falsa imaginable, no pudiendo eximirse de promulgar la Constitución española de mil ochocientos doce, conforme le pedían, salva la aprobación del Rey. La noticia de estos sucesos llegó á Laibach, casi al mismo tiempo que la de otros aun más graves que se desarrollaban en Oriente.

El sultán de Turquía, Mahmud, deseoso de restablecer en su imperio su autoridad, desconocida casi en todas partes, había conseguido abatir á las poderosas familias que le hacían sombra en el Asia Menor; vencer á los uhabitás en mil ochocientos diez y ocho, y pacificar la Bosnia ó poco menos. Obtenidas estas ventajas, fijó sus miradas en los bajalatos de Egipto y Janina, que eran independientes de hecho. No pudiendo, por de pronto, pensar en someter al bajá de Egipto, se decidió á atacar al de Janina, el feroz Alí. Era éste un monstruo abominable, pero dotado de talento poco común. Con su valor, su perseverancia, en medio de los mayores reveses, y su falta de escrúpulos en la elección de medios, se había elevado, de señor de su ciudad natal de Tebelén, á bajá de Janina y á dueño de todo el Epiro, de Acarnania y de Tesalia. La administración de Alí, brutal y despótica, redujo á la impotencia á los señores feudales, garantizó la seguridad personal, desarrolló la riqueza de su comarca y abrió las puertas al tráfico mercantil. El nombramiento de su hijo Velí para el bajalato de Tripolitza le permitió sentar el pié en la Morea, donde únicamente le opusieron tenaz resistencia los suliotas, tribu montañesa, que al fin sucumbió. Los pocos que escaparon con vida de manos de Alí se refugiaron en las islas Jónicas, donde se les unieron, en mil ochocientos diez y nueve, los habitantes de la ciudad de Parga, huyendo de la dominación del terrible bajá, que entonces estaba en el colmo de su gloria. La Albania alcanzó alto grado de prosperidad; pero á medida que sus habitantes se enriquecían, se helenizaban aficionándose á la cultura de los griegos, mientras estos adoptaban como traje nacional suyo la fustanela, ó camisa acabada en falda blanca y corta, de los albaneses. La residencia del bajá tomó el aspecto de una ciudad griega, y aun las superó á todas en civilización y magnificencia.

El Sultán, que contemplaba con envidia el engrandecimiento de su vasallo, se aprovechó de haber Alí atentado á la vida del seraskier ó ministro de la Guerra, Ismil-Bajá, para declararle rebelde y fuera de la ley, en Abril de mil ochocientos veinte. Era, empe-

ro, más fácil condenar á Ali que ejecutarlo, y tuvo que mandar contra él dos ejércitos, que consiguieron no sin trabajo encerrarlo en su capital, Janina. En el mes de Diciembre debió Mahmud enviar refuerzos al Epiro, y en Enero siguiente, confiar la dirección de las tropas al mejor general del imperio, Kurschid-Bajá, el vencedor de Kara-Jorge. Ali quiso negociar con su señor, mas persuadido al fin de que el Sultán no le perdonaría, devolvió sus fortalezas á los suliotas y se arrojó en brazos de la heteria. Los armatoles y los kleftas de Tesalia, comprendiendo el partido que podían sacar de la lucha entre Ali y Mahmud, depusieron su antiguo odio para auxiliar al primero, Grecia entera se conmovió, y se comprobó cuan justas eran las palabras de Metternich: «Tened cuidado con eso, hay ahí el comienzo de una revolución inmensa».

La heteria había resuelto lanzarse á la lucha. Necesitaba un jefe militar, y lo buscó en Rusia, dirigiéndose á Alejandro Ipsilanti, que aceptó, en Abril de mil ochocientos veinte, el mando supremo que le ofrecían. La elección fué poco acertada. El nombre de Ipsilanti era popular entre los griegos; pero habiendo pasado largo tiempo al servicio de Rusia, desconocía el espíritu y el carácter de las poblaciones que iba á llamar á las armas. Por otra parte, indeciso y enredador, dudaba entre trabajar por el Czar, por los griegos ó para sí mismo. Perdió varios meses vacilando acerca del plan de campaña que le convenía seguir, hasta que se determinó á iniciar el ataque por los principados; pues creyendo contar con el apoyo del Emperador de Rusia, quería darle facilidades para que le socorriera, aparte que esperaba poder labrarse un reino en aquellas provincias. Aun, con todo, dejó transcurrir muchas semanas en preparativos y consejos. Negoció largamente con Miloch de Servia, que se mantenía reservado y que, en definitiva, nada le prometió, y dedicóse con complacencia infantil á tramar una conspiración en la misma Constantinopla, que, á su juicio, debía hacerle dueño de la capital del Imperio y de la persona de Mahmud. Estaba ya encima el mes de Febrero de mil ochocientos veintiuno, y divulgados los proyectos de Ipsilanti, eran cada vez menos realizables, cuando un acontecimiento imprevisto vino á sacar al jefe insurrecto de sus perplejidades. Habiendo muerto Alejandro Soutzo, hospodar de Valaquia, un soldado de fortuna, Teodoro Uladimiresco, dió por su cuenta la señal de la sublevación á los rumanos. Este agitador había sido empujado por algunos heteristas, que suponían serles fácil atraerlo á su causa, aunque él probablemente no pensaba moverse sino en provecho propio; en cualquier caso, no era su intención ponerse al servicio de los fanariotas en general, ni de Ipsilanti en particular. Por de pronto, pretendía luchar exclusivamente en favor de la nacionalidad rumana, y respecto á la influencia griega, se declaraba dispuesto á combatir, no á secundarla. Dominó en breve toda la pequeña Valaquia, entrando en Bukarest á fines de Marzo.

Ipsilanti, al ver alzarse á Uladimiresco, determinó no aguardar más, y pasó el Pruh

con dos de sus hermanos, el príncipe Jorge Cantanureno y ochocientos caballeros, diciendo á los dacios en una alocución, á fin de no asustarlos, que iba á limitarse á atravesar su territorio para ir á Grecia, pero añadiéndoles que, «si algunos turcos desesperados osaban hollar su suelo, había una gran potencia pronta á castigar su temeridad». En Eassi, Miguel Soutzo, el hospodar de Moldavia, levantó bandera por Ipsilanti, que, á poco, dirigió una proclama á los griegos, donde no contento con recordarles los gloriosos ejemplos de la antigüedad, les estimulaba con el de los pueblos que en aquellos mismos días luchaban en pro de sus derechos y libertades.

La sublevación del Piamonte y de la de Ipsilanti sorprendieron y alarmaron grandemente á Austria. Considerábase esta potencia bastante fuerte para combatir á la par á los liberales en Turin y en Nápoles; mas ¿qué acontecería si, mientras ella empleaba la mayor parte de sus fuerzas en reprimir la revolución en Italia, el poder otomano se derrumbaba á los golpes de un partido protegido manifiestamente por Rusia? ¿No sería este el comienzo de una crisis, capaz de destruir en pocos meses el edificio político levantado con tanta fatiga en mil ochocientos quince? La querrela diplomática mantenida entre Alejandro y la Puerta desde hacía cinco años; la protección que la heteria griega encontrara en San Petersburgo; el viaje de Capo de Istria á las islas Jónicas en mil ochocientos diez y nueve, y los disturbios que fueron su consecuencia; el haber pertenecido Alejandro Ipsilanti al ejército ruso; las palabras contenidas en la alocución del jefe de los alzados á los dacios, todas estas eran circunstancias que parecían arrojar sobre el Emperador de Rusia y su ministro Capo de Istria la principal responsabilidad de la intentona.

El Czar, sin embargo, era menos culpable de lo que aparentemente resultaba. No hay duda que, en cualquier otra ocasión, habría acogido favorablemente la empresa de Ipsilanti; pero en aquella estimó que su antiguo ayudante se propasaba. Metternich le representó que sería indigno de él turbar la tranquilidad de Europa, que hasta entonces había asegurado, y poner á Austria en un trance angustioso, en el momento preciso que ella arriesgaba todos sus recursos para preservar al mundo del azote revolucionario. No era sólo en el Piamonte, donde se necesitaba sofocar el espíritu de rebelión y revuelta; también en Francia estaba á punto de romper los frenos que lo contenían, al punto que el ministerio Richelieu casi se confesaba impotente para impedir el desbordamiento. Y en presencia de este peligro, ¿no era el primer deber del gran príncipe, fundador de la Santa Alianza, ahorrar á Europa cualquiera nueva complicación?

No apeló en vano Metternich á la lealtad del emperador Alejandro, el cual, conmovido profundamente por los argumentos del canciller, dijo hallarse curado de sus fantasías liberales, y juró consagrar en adelante su formidable poder exclusivamente á perseguir, en todos los lugares y bajo todas las formas, la hidra de la revolución, ofreciendo enviar cien mil hombres, en auxilio de Austria, á Italia ó á los Alpes. En prueba de la sinceri-